

## CARLES RIBA, JACINTO VERDAGUER

a cura d' ENRIC SULLÀ

L'abril de 1953 Carles Riba dictà a la càtedra Boscán de Lengua y Literatura Catalanas de la Universitat de Madrid un cicle de lliçons: els temes foren Jacint Verdaguer, Joan Maragall i l'escola poètica mallorquina.<sup>1</sup> Cap dels tres temes no responia a una tria casual, ans al contrari, tots ells havien atret l'atenció de Riba durant força temps; la qual cosa, si no ens sorprèn de Maragall, potser podria estranyar en el cas de Verdaguer, que, encara que era un dels grans poetes que el precedien, era de fet ben lluny dels interessos de Riba. Amb tot, Riba li dedicava el 1922 un estudi extens on posava en pràctica l'estilística apresada a les classes de Karl Vossler, llavors el seu mestre a Munic; aquest «Pròleg a una antologia de Jacint Verdaguer», aparegut primer a les pàgines de *La Veu de Catalunya*,<sup>2</sup> era la introducció a una tria de *Poesies* de Verdaguer que Riba publicà el 1923. La relació entre la biografia i l'obra de Verdaguer, l'anàlisi del seu misticisme i de la seva retòrica, ocupaven Riba en l'afany de comprendre Verdaguer des de dins, de refer el camí que des del seu centre anímic l'havia dut a crear aquella obra i a viure aquella vida; una obra que Riba no aconseguia de veure reeixida potser perquè la personalitat —la vida— de què depenia experimentava alguna profunda falla. Quan en ocasions diverses Riba

1. E. Sullà, «Carles Riba i l'escola mallorquina», *Randa*, 18 (1985), pp. 139-155.

2. El text consta de tres parts publicades els dies 14 i 18 d'abril i 9 de maig de 1922. L'antologia, intitulada *Poesies*, és de 1923 i va ser editada per l'Editorial Catalana («Biblioteca Literària»), on la introducció ocupa les pp. 5-15 i figura datada a Munic l'abril de 1922. Riba en parla en una carta adreçada a K. Vossler del 23 de setembre de 1923 i hi comenta la redacció i el mètode usat. El text citat ara és a les *Obres completes*, vol. II: *Crítica*. 1, Barcelona, Edicions 62, 1985<sup>2</sup>, pp. 258-268.

torna a Verdaguer, encara cerca de comprendre l'home per tal d'explicar-se així l'obra; ho palesen els textos dedicats al centenari de Verdaguer el 1945<sup>3</sup> i al cinquantenari de la seva mort el 1952.<sup>4</sup> Aquest esforç de comprensió —que suposa, ben cert, algunes etapes intermèdies—<sup>5</sup> és corroborat pel text que avui publico.<sup>6</sup> No cal dir que la transcripció respecta amb tota fidelitat l'original mecanografiat conservat a l'Arxiu Carles Riba. A la família de Carles Riba ens cal agrair l'autorització que ens ha concedit per a aquesta publicació.

3. «Centenari de Jacint Verdaguer», C. Riba, *Obres completes*, vol. II: Assaigs crítics, Barcelona, Edicions 62, 1967, pp. 487-495.

4. «Memòria de Verdaguer en el cinquantenari de la seva mort», *op. cit.*, pp. 496-500. Vegeu al respecte la carta de Riba a Maur M. Boix (12-I-1951). He d'agrair a Carles-Jordi Guardiola l'autorització de citar aquestes cartes que ell publicarà a l'*Epistolari Carles Riba*.

5. Vegeu a *op. cit.*, pp. 840-844, els articles que Riba redactà per al Diccionari González-Porto-Bompiani sobre *L'Atlàntida*, *Flors del Calvari* i *Flors de Maria*.

6. Text que és, fonamentalment, un muntatge de fragments procedents del pròleg de 1922 i dels articles de 1945 i 1952; un recurs que permet de comprovar tant la fidelitat de Riba a si mateix com la importància que concedeix a Verdaguer, i els termes en què està disposat a fer-ho. Cal dir també que el text figura datat el «març 1953».

## JACINTO VERDAGUER \*

Para un español no catalán de mediana cultura literaria, Verdaguer es un nombre grande y vago, agregado por decirlo así lateralmente a la poesía española para gloria común y al servicio de supremos intereses nacionales. La estima de insígenes maestros, empezando por Menéndez y Pelayo, ha hecho irrevocable tal agregación, grata, por lo demás, a la generalidad de mis paisanos. Un catalán ni información literaria necesita para que el nombre le sugiera algo muy hondamente suyo, vago también si se quiere, pero precioso para siempre. En Cataluña Verdaguer sigue siendo el poeta por antonomasia, el genio de un idioma al que se permanece deliberada o instintivamente fiel, como para no perder el alma. Nació en Cataluña por designio providencial y escribió sus versos por la pura gracia de Dios: muchos catalanes, no diré lo entienden, lo *sienten* así, con ingenuo orgullo y susceptibilidad extrema; y en un don del cielo tan espléndido ven la prueba y la garantía de cosas muy reales, aunque no todas muy precisas. Los que éramos niños cuando Verdaguer murió hace cincuenta años, tendemos a llamarle aún Mossèn Cinto, como todo el mundo le llamaba en vida: así, hipocorísticamente, con dulce y respetuosa familiaridad, como se nombra a alguien —en este caso un sacerdote— muy sencillamente próximo, en quien se confía y con quien nos ligan ciertos hábitos y ciertas complacencias del corazón. Y somos justamente nosotros los que hemos acometido con más rigor la tarea de valorar en cuanto es poesía el legado poético de Verdaguer, y de construir la biografía de Verdaguer en cuanto fue hombre en un tiempo y dentro de una sociedad determinada. No es fácil y a veces resulta enojoso. Mossèn Cinto va pasando, debe ir pasando a ser Jacinto Verdaguer, sin que en lo íntimo de nosotros deje de ser Mossèn Cinto.

\* Conferència llegida a la facultat de Filosofia i Lletres de Madrid (càtedra Boscán), el 14 d'abril de 1953. C. R.

Sí, aunque parezca paradójico, me es necesario contar con la presencia, viva en mí, de un Mossèn Cinto misterioso y entrañable desde mi infancia. Nunca, así, la caridad podrá ser ajena a mi juicio; pero tampoco la caridad podría nunca imponerme que renunciase de antemano a todo juicio, sin hacerse vaga y desorientada, me atrevería a decir cobarde, por su parte. De ahí que no vacile en presentar a Verdaguer desde el sentimiento catalán, si se me permite la expresión, cernido por la crítica de un catalán; vuestro Verdaguer de no catalanes, a vosotros incumbe crearlo; y el español, a todos, del que entre todos vayamos descubriendo.

Se da por supuesto que todo artista aspira a fijarse y durar, libre de contingencias, en la perenne juventud de su obra; lo dramático es que, para la perfección de ésta, el artista y los actos de su vivir son contingencia y en último término sólo su obra es necesaria. No es ello frecuente, rara es la obra de arte que haya realizado una tan venturosa naturaleza. Homero es un nombre, Shakespeare poco más, y tenemos la certeza de que nada nos falta de ellos para adentrarnos inacabablemente en la esencia de sus creaciones. El propio Dante, al extremo de la paradoja, ¡qué milagro de impersonalización, qué habilidad suprema del autor para purificarse en sí mismo como protagonista de su tragedia, dándonos a sentir que aquel *yo* tan repetido, tan existente, tan presente, no es más que cada uno de nosotros, nuestro su amor y su ira, su éxtasis y su contemplación y su salvación! Indagar cuáles fueron las anécdotas del paso de aquellos creadores por la tierra, cuáles los rasgos de su carácter, cuáles las fuentes secretas de su materia, cuáles los métodos que emplearon en su labor, proviene de una curiosidad marginal, de orden estrictamente científico; también, no lo olvidemos, de un hondo impulso, por el que aspiramos a realizar entre todos, con la reconstrucción de su figura viva, una obra que corresponda a la grandeza de la que nos legaron. Lo más corriente es que tal figura se nos componga de lo que sabemos históricamente del autor, del fantasma de sí mismo que circula, vago e inasible, por el ámbito misterioso de su obra, y, más todavía, y sobre todo, de lo que sin darnos cuenta hemos ido tomando de nosotros mismos para alimentar su mágica supervivencia inmaterial. Así sucede con Verdaguer. Pocas poesías suyas nos aparecen redimidas en la divina condición anónima a que me refería, y que tan por encima queda de lo anónimo popular, tan primario. Ora el estilo, ora el tema: en general un desequilibrio entre el designio y la ejecución, sobre todo

cierta indiscreción casi violenta con que se nos quiere abrumar o conmovir, nos obligan a dejar la página, con cierta desazón, para buscar ante nuestros ojos al autor con el rostro humano que tuvo y el papel que desempeñó entre los hombres de su lugar y de su tiempo. A veces incluso es una ineptia rotunda la que nos sorprende en medio de una justificada expectación, la que rompe torpemente el hechizo, la que remata la preciosa estructura de un poema. No se trata de simples menguas en la tensión, de momentáneas distracciones en la guardia, de mecánicas imitaciones de la propia manera grande, como siempre le han sido perdonadas al buen Homero: sentimos que algo falla desde el centro mismo, algo por lo que el peligro de ruina es continuo, si la ruina no es ya actual. En desagradable simetría, al recorrer en su conjunto la vida de Verdaguer, se advierte la misma inseguridad, la misma candidez ante la piedra de escándalo, hasta que llega el tumbo patético por la vertiente de la madurez. Sólo que el biógrafo, atento a dar caza a todo, en el orden de la flaqueza humana, excusa más fácilmente, y así es de justicia, que el crítico de arte sincero, que lo querría todo auténticamente hijo de la fuerza y de la vigilancia.

Recordemos, en rápido e intencionado bosquejo, cómo se desarrolló la vida de Verdaguer. Nació en 1845 en un pueblecito del Llano de Vich, segundo de los siete hijos de un modesto payés doblado de cantero. En su casa abundaba la fe, escaseaban los recursos y no faltaba ilustración. Fue un niño piadoso, imaginativo, sensible y arrebatado hasta ser violento, caracteres que se acentuaron con la adolescencia. A los diez años empezó sus estudios en el seminario de Vich, como externo: dato, éste, capital para explicar lo escaso que anduvo siempre Verdaguer de un auténtico espíritu de disciplina. Fue estudiante mediano, lector apasionado y autor de versos precoz; no dejó de soñar con ser soldado, y al afianzarse su vocación sacerdotal, pensó en irse a las misiones de América. Se reveló como poeta en los Juegos Florales de 1865. Conoció desde entonces la gloria, no sin algún fracaso al que no se resignó blandamente. Así, en 1868 no obtuvo el premio anhelado para su poema *España naciente*, primer esbozo de *La Atlántida*; pero quedó sobradamente compensado por el abrazo de Mistral que, solemne en medio de los primates del Renacimiento Catalán, le consagró poeta con una señal litúrgica en la frente y las palabras «Tu Marcellus eris». Cantó su primera misa en 1870; pasó dos años en Vinyoles, parroquia de

noviecintas almas, sereno entre los sobresaltos de la guerra civil, entregado sin descanso al apostolado sacerdotal y a la producción poética. El esfuerzo y las privaciones le agotaron; enfermo de anemia cerebral, tras unos meses de moral angustia y casi de indigencia, obtuvo un empleo de capellán en los buques de la Transatlántica. Navegó durante dos años, restableciéndose lentamente, dando la última mano, con metódico ahínco, a *La Atlántida*. Siguiendo una y otra vez la ruta de Colón entre España y Cuba, el poeta contempló los paisajes que hasta entonces fueran sólo nombres para él, pasó por las calmas y las tempestades del mar de sus leyendas. Su don genial de representación auténtica de lo visto y vivido quedó incalculablemente sostenido y reforzado. A fines de 1876 dejó el mar y entró de capellán en casa de los marqueses de Comillas, donde permaneció dieciocho años, los de su plenitud. El cargo traía consigo seguridad, estima social y ocios cómodos, que Verdaguer aprovechó celosamente para llevar adelante su doble misión como sacerdote y como poeta. En 1877 *La Atlántida* fue galardonada en los Juegos Florales. Jamás poeta alguno habrá disfrutado gloria más sostenida, estoy por decir más inmediata y palpable que la de Verdaguer a partir de esta fecha. El volumen de *Idillis i Cants místics*, publicado en 1879, colmó la expectación con que se esperaba su segunda obra, y le valió la consideración, más bien peligrosa para su ingenuidad, de poeta místico. Nuevos jalones de victoria los constituyeron la *Oda a Barcelona* (1883) y *Canigó* (1885), poema de la Reconquista y epopeya del Pirineo, con sus mitos, tradiciones y todo lo suave y fiero a la vez de sus paisajes. En el acto simbólico de comenzar las obras de restauración del monasterio de Ripoll, el obispo Morgades, su obispo, le ciñó las sienes de laurel «en nombre de Cataluña». Acto de índole tan espectacular jamás significó tanto y tan real. Verdaguer, como sacerdote y como poeta, lo daba todo a su pueblo: palabras para su piedad, estructuras monumentales para su memoria, expansión para su corazón, en un idioma magnífico, que se hacía oír más allá del reducido ámbito propio. Fueron, éstos, años de triunfo y actividad: honores, no todos aceptados, publicaciones, relaciones literarias y mundanas, excursiones, viajes... En 1886 fue, como peregrino, a Tierra Santa. El devoto recorrido dio una tremenda sacudida a su alma. Colmado como poeta, Verdaguer se sintió insatisfecho como sacerdote. Fue abriéndose en su vida un período de incoherencia, en el que un biólogo sin duda sólo vería un complejo

de fenómenos de esa edad crítica por la que, para renovarse o perderse, pasan todos los creadores, en su naturaleza a un tiempo vigorosamente viril y femenina. Aquel fervoroso cristiano, tan repetidamente emparejado con los místicos que como poeta veneraba y emulaba, ambicionó ser místico a su vez, pero aparte de la poesía, en la realidad práctica de los movimientos de su alma y en el ejercicio de sus poderes como sacerdote. Ardiendo en franciscano fuego, extremó el ascetismo, deseó la persecución y el oprobio, planeó fantásticas empresas de salvación general. Administraba sin prudencia alguna las caridades del Marqués de Comillas, se aplicaba temerariamente a los ritos de exorcismo, anotaba con entusiasmo las más absurdas revelaciones de pseudovidentes... Desoyó consejos de amigos y las advertencias de sus superiores. Se dudaba de la integridad de sus facultades mentales. Por fin su obispo, el Dr. Morgades, le invitó a dejar el palacio del Marqués para que pudiese rehacer su quebrantada salud. Pasó casi dos años en el Santuario de la Gleba, en una especie de confinamiento libre. Reanudó su labor de poeta y pareció recobrar la paz, sin más sombra que la de las deudas contraídas. De pronto se fue a vivir de nuevo a Barcelona, y precisamente en casa de cierta familia —la de una visionaria— con quien el Obispo le había prohibido mantener relación. Toda amonestación fue inútil: el poeta, obseso, fascinado, se hacía un santo deber de aquella convivencia. Se le conminó con evidente falta de tacto y estalló el escándalo. Un escándalo desproporcionado, en el que se mezclaban intereses y pasiones sin relación con el caso de indisciplina canónica debatido. El mismo Verdaguer lo atizó, defendiéndose con agrios artículos publicados en periódicos anticlericales. Fue suspendido *a divinis*: el pobre poeta-sacerdote lloró, padeció miseria, se vio sometido al dictamen de los psiquiatras, exhaló su dolor en los versos desgarrados de *Flors del Calvari*; no renegó, pero no cedió en su extraña convicción ni cejó en su furiosa defensa. Las caritativas gestiones de los PP. Agustinos de Madrid y El Escorial le obtuvieron por fin la rehabilitación. Un acto de sumisión puramente simbólico le valió la vuelta a la plenitud sacerdotal. Cuatro años sobrevivió, exhausto y en rigor invicto, sin otro anhelo que el de la suprema paz. Su última dolencia fue seguida con solicitud y angustia por todos, desde el más humilde de sus paisanos hasta el Rey y el Papa. Mas alrededor de su lecho de muerte se encendió de nuevo la lucha entre defensores y adversarios, oscura, enconada, mezquina. Expiró al atar-

decer del 10 de junio de 1902. Barcelona en masa formó la comitiva de su entierro, espectacularmente, apasionadamente. Guardo de aquel día de mi niñez, si no recuerdos precisos, la sensación de una apoteosis que se substituía inapelablemente al perdón provisional o a la apología siempre renovada de unos actos que, sin plena culpa por parte del poeta, habían de todos modos causado daño al país.

Han transcurrido cincuenta años. No me cuesta imaginarme entre millares y millares de catalanes, ante el cadáver de Verdaguer expuesto en el Salón de Ciento de Barcelona. Allí yacían los conmovedores despojos de uno que había sido como nosotros, inextricable nudo de sueños pero genial en su calidad humana, más loco por lo tanto, más contradictorio por lo tanto; para explicárnoslo, empero, no podíamos, no podemos aún, eximirnos de nuestros sueños ni prescindir de nuestros métodos. Sacerdote-poeta, poeta-sacerdote, su propia vacilación en cuanto al orden relativo de los elementos de la síntesis que se había creído llamado a realizar, se nos comunicaba a nosotros, con la tentación de ver en todo ello más claro que él mismo. Si era grande ¿desde dónde había sido grande? Si había combatido, ¿de qué convicción había sacado el valor? Si había errado, ¿por dónde le había traicionado su flaqueza? Si nos dejaba un mensaje poético, ¿hasta qué punto su verbo se había desvinculado de su circunstancia, le había transcendido como hombre y duraría por sí misma, siempre fecunda en sentidos y posibilidades? Y el pueblo que le proclamaba tan soberanamente suyo, ¿cómo podía rehuir una responsabilidad en sus incoherencias y qué parte merecía de su gloria?

Desde hace cincuenta años, una sola de estas preguntas formulada entre catalanes con un mínimo de conciencia de lo que son y de lo que aspiran a ser, basta para despertar una inquietud, incluso para levantar una polémica. Una inquietud tan compleja, una polémica tan poco confortante, que raras veces unos u otros dejan de recurrir a la consabida solución, a la que por más piadosa parece arreglarlo todo: Verdaguer era un alma sencilla, su genio poético y su celo de caridad rebasaron... ¿Rebasaron qué, lo que él mismo supo o lo que ni él mismo podía saber —o no estaba dotado para saber? Sólo habremos logrado alejar un poco el punto de intolerable inquietud. Antes bien ésta crece si unos llevan la idea de la simplicidad hasta implicarla incautamente con la de la santidad, y otros la hermocean al extremo de convertir todo un sacer-

dote y todo un creador de poesía en una especie de cándido pueril, sin dejarnos siquiera el consuelo de una sabiduría superior en sus iluminaciones. No, en el número de las bienaventuranzas se incluyeron la pobreza en espíritu y la limpieza de corazón, no precisamente la simplicidad; lo que en los santos nos turba y maravilla es la magna victoria sobre la diversidad del alma y de las cosas, la sobrenatural unificación del alma en el amor y el conocimiento, no una simplicidad a la altura de nuestros pobres conceptos.

Demagógico, al fin de cuentas, ese recurso a una simplicidad que lo aclararía todo; más o menos ingenuamente demagógico. Es preciso advertir que, con emplearlo quien fuere, ni Verdaguer queda canonizado, ni el extraño niño, por no decir la especie de bobo, que con él se dibuja, compensa los grandes valores del Renacimiento catalán que de rechazo sufren grave mengua o se vienen abajo. Por fortuna, algunos hombres de más pura pasión intelectual, para quienes una vida sin examen no es vida, no han temido arriesgarse aunque fuera por un bosque de diversidad y contradicciones, y se han propuesto asir el problema de la existencia de Verdaguer —el problema que acaso él mismo, en su confuso, pero auténtico fervor cristiano, nunca se planteó teóricamente. El alma, para ellos, ha ofrecido mayor interés que la psicología; la vida profunda, mayor que las anécdotas y los discursos externos. El triste escándalo cuyo centro, y no precisamente pasivo, fue el sacerdote-poeta durante un período de su paso por la tierra, desde tal punto de vista y según tal intención, ya no causa daño: cuanto hubo y se agitó en torno al sacerdote-poeta resulta explicable sin él y sólo revive por obra de sentimientos y prejuicios que en rigor desconfían de toda crítica. Esto es lo que positivamente se ha ganado durante los años subsiguientes a la muerte de Verdaguer; más exactamente, a partir de 1930, fecha en que el P. Miguel de Esplugues planteó el problema con admirable acierto en el método, es decir, bien, limitándose a reseñar lo que fue y cómo actuó en cuanto sacerdote un hombre que nunca quiso ser nada fuera de la Iglesia ni fuera del sacerdocio, aunque «se encontró sacerdote *mig d'esma*, casi a tino». La frase, intraducible, por fortuna fue escrita por un teólogo, y resulta terriblemente válida, en lo que tiene de precisa no menos que en lo que tiene de vaga; el uso de la misma puede fácilmente conducir al abuso de meterse en regiones del alma reservadas a Dios —por santo respeto o por lo insuficiente de

cualquier análisis técnico, como se quiera. Más recientemente otro investigador, equipado asimismo con el saber de principio y con la personal experiencia de lo que sea la dignidad sacerdotal —¡tanto poder y tanta gloria operando a través de tanta flaqueza!— el P. Juan Bonet y Baltá ha establecido, en mi entender definitivamente, una continuidad heroica en el programa y en los hechos de la vida de Verdaguer: sus errores nacieron de un celo mal vigilado, poco lúcido, en la práctica del ministerio, no de un reprimido pesar de ejercerlo, no de una rebelión o una desviación en el fundamental concepto.

No me corresponde a mí precisar qué parte creo debe serme reconocida en la fijación del que podríamos llamar esquema existencial de Verdaguer, caso no típico, sino singular entre todos, del sacerdote que se dedica, respondiendo a una íntima necesidad inefable, a escribir versos y más versos, casi, por la constancia, profesionalmente. Nada de saltos, de aquellos saltos bruscos, a todo evento, que nos presenta la noción kierkegaardiana, si no de la existencia, por lo menos de ciertas existencias extraordinarias: en la vida de Verdaguer descubrimos sin mucho esfuerzo un propósito de construcción, sí, pero llevado adelante también «casi a tino», con buena dosis de dulce, inconsciente hábito, con mucho de lo que pascalianamente clasificaríamos entre lo automático. Asistimos, al contemplar su crisis, su tempestad, su desorden —no trabaremos cuestión por el vocablo— a un auténtico drama de la conciencia humana, que sólo por ser tal revestiría grandeza e impondría respeto; pero se da en un hombre y repercute en toda una sociedad desde un hombre, que nadie pretenderá dotado de una conciencia muy vigilante ni penetrante. En él, pensamiento y corazón se engañaban y excitaban mutuamente, en actos poco diferenciables. Lo que hace patética su lucha es la desproporción entre lo que en ella sacrificó, y el valor, por cuanto sabemos, del objeto. Lo que aquel hombre parece ganar y merecer siendo leal consigo mismo y con su propia conciencia, se pierde tristemente en lo que atañe a la colectividad y a la oblación de servicio que sacerdotalmente le debía; es decir, se malogra en el escándalo. No podríamos inventar contradicción más dolorosa. Y es que en la profunda estructura humana de Verdaguer hay algo que, aun manifestándose como la clave, produce desazón y se nos rehúye. Me atrevería a formularlo paradójicamente, aunque más bien me inclino a sospechar, insondable, la paradoja, en los mismos misterios de la Gracia. Todo, pues, induce a pensar

que aquella alma cristiana tan indiscutiblemente insigne, fue a sus pruebas armada en grado más eminente de las virtudes teologales que de las cardinales. De ahí lo poco duradero de la impresión de santidad que recibimos al acercarnos a Verdaguer; pues sólo en la vaguedad de la simpatía popular es aceptable un santo en quien fallan la prudencia y la obediencia. Insistiendo en la paradoja y recordando una anécdota célebre, estoy seguro de que Mossèn Cinto le habría quitado sin el menor aspaviento las sucias botas a San Francisco de Sales; pero dudo que en determinado momento hubiese cedido sus obsesiones a una amonestación del santo, de haber éste sido su obispo.

Tengo, repito, todo esto por precisado y bien establecido por lo pronto y acaso para siempre: una verdad más ceñida, o más desnuda, ningún daño de fondo ha causado a la figura humana de Verdaguer como sacerdote, y, repartiendo más equitativamente la buena fe no menos que la culpa entre los actores del drama, se nos han salvado figuras y jerarquías que también son preciosas para nosotros. Es de desear que investigadores y estudiosos atiendan desde ahora más resueltamente el otro aspecto, sin cruda luz sobre el cual la sensación de interinidad en el primer acuerdo de todos modos se obstina: el lado poético de Verdaguer. Lo único importante, dirán algunos. No: la valoración aisladamente estética de una obra que ya por su manifiesta desigualdad aparece en parte fallida, ni es posible ni sería digna del tesoro que estimamos en la parte supremamente lograda. Ni habría modo de proceder con seguridad al apartado. Preveo que un obstinado rigor en esta dirección, no sólo satisfará una noble curiosidad intelectual: nos afianzará en la posesión de lo que sea, haciéndonos saber *qué* poseemos en realidad. Sacerdote-poeta, poeta-sacerdote: ¿por qué orden en la síntesis tenemos que decidirnos? Será la precisión en cuanto a los métodos y operaciones de Verdaguer en poesía, en cuanto al grado y calidad del interés que para él, consciente o inconscientemente, tuvo la poesía, en cuanto a su capacidad o incapacidad para pensar en otras formas que las poéticas, lo que acabará de aclarárnoslo todo: la obra en sí, y, en contraprueba, el inseparable lado sacerdotal de la persona del poeta. ¿No será acaso forzoso concluir que el nudo del múltiple conflicto verdagueriano estaba precisamente en esto, tan común: que el poeta no consiguió del todo, con la sola retórica, defender su vida, que quería entregada a Dios, contra la poesía y su engañosa grandeza? Como el agua ciertas tierras bajas, la poesía solici-

ta, inunda y penetra por todos lados nuestra vida; se filtra en ella, y la corrompería, de no mediar el drenaje y los canales del poema. El poema, en cuanto forma realizada, es la defensa de nuestra vida contra la poesía. Hasta aquí es obvio. Pero ¿no quedará el peligro de que el poeta se intoxique con el poema escrito, es decir, con la poesía de que parecía librado, y se ponga entonces a imitarlo en las formas vitales? No quiero aludir demasiado al afán de tener admiradores, el deleite en la corona y el éxito, con tan amarga ironía señalados por Pascal: «... y los que lo leen quieren tener la gloria de haberlo leído; y yo que escribo esto, quizá la estoy apeteciendo; y acaso los que lo leen...». Cuesta trabajo creer que Verdaguer, en su afán «de llenar de Dios su alma y su corazón», no hubiese más de una vez sentido con pesadumbre cuánto lugar había ya ocupado en él la gloria según el siglo. Más sutil debió de ser el daño que le infería, dado su sentido, tan arraigadamente popular, de la poesía, del ministerio sacerdotal y de la misma religión, aquella su indecisa y deliciosa manera de ir flotando entre imágenes que por sí mismas le hablaban en plenitud, y conceptos que no asía bien con su inteligencia. Fue por aquí por donde sus pintorescos diablos le tentaron más porfiadamente, y acabaron convirtiendo, durante un período terrible, al sacerdote en caricatura del poeta y al poeta en disminución del sacerdote. Pues ¿no se deslizó y resbaló en la ilusión de ir *con* versos —Dios me libre de decir *por* los versos— a la santidad, olvidando que son en todo caso los santos los que inscriben ocasionales poemas en el cuadro previo de su santidad?

Dando un rodeo, he vuelto al punto de la intolerable desazón. No estudio todavía: invito y me invito al discreto, pero tenaz estudio que nos debemos, catalanes y españoles todos. He destacado lo más significativo, a mi juicio, entre lo que Verdaguer dio a la vida y la vida le deparó a él —actos, sucesos, triunfos, pruebas, exigencias de su libertad y exigencias a su libertad— para dar apoyos a mi hipótesis sobre el conflicto en que se debatió su alma; y si no se ha de estimar irrespetuosa la fórmula, diré sobre los mecanismos de su alma. Los fenómenos de represión y de compensación abundan en su obra poética, que tiende a hacerse autónoma de su vida real, y en su vida real, en la que con frecuencia descubrimos algo así como la aplicación sonambúlica de fórmulas más bien propias de la actividad poética. Lo puro en una y otra actividad, la vital y la creadora, la de su ministerio y la de su mester,

está en que no pareciendo o no queriendo o no pudiendo un tan magno poeta tener de su intrincado programa de poesía y de existencia otra idea que la que el pájaro del bosque podría formarse de su canto y de su vuelo —o de su prisión, nunca se contempló a sí mismo con mayor complacencia que la que sentía al considerar la doble misión a que se sabía obligado. Aunque no siempre con la deseable lucidez, se construyó a su modo como hombre, intentó ser un artífice de su vida como lo era de sus versos: correspondiendo a la certidumbre de lo que le era dado con un trabajo tenaz, humilde, como si nada debiera a la Gracia. Esta voluntad ascética siempre levantará a Verdaguer, sacerdote y poeta, poeta y sacerdote, por encima de sus indecisiones y caídas. Frente a éstas, está lo logrado; se trata, pues, de ponderar serenamente. Seguramente es cierto, por lo menos hasta donde alcanzan nuestros ojos mortales, por lo menos no tratándose de un santo, lo que se ha dicho de nuestra vida real: que la sentimos «como una deformación, más o menos esencial, de nuestra vida posible». Desde un postulado análogo procede, en suma, la escuela de crítica literaria, cuyo adepto me proclamé siempre con orgullo, para valuar la autenticidad de una obra; el método consiste en descubrir la idea, la «certa idea» de ella, el modelo ideal de ella, y comprobar el grado de fidelidad realizada.

La gran síntesis del caso Verdaguer está aún por hacer; y dicho sea de paso, acaso no sea por ahora posible. Los que un día emprendan la tarea, comenzarán por hacerse unas crudas preguntas, cuya respuesta conducirá a la síntesis buscada. Este poeta-sacerdote, ¿qué idea, clara o imprecisa, tuvo de los dos papeles, cuyo desempeño conjunto quiso él que formase la unidad de su persona y de su vida? ¿Qué idea tenía de ellos la sociedad concreta de su país y de su tiempo, que tan fácilmente le habituó a la seguridad del triunfo en uno y otro papel? ¿Qué determinaciones exteriores intervinieron, y sobre todo, con qué fuerza vencible o invencible, para que él se trazara una figura y un programa de su vocación, y entre los posibles de sí mismo eligiera *uno*?

He dicho ya cuán satisfactoriamente se ha avanzado en estos veinte últimos años hacia conclusiones firmes en lo que concierne la biografía de Verdaguer. No sólo la divulgación de documentos capitales: el puro empleo de buenos métodos ha hecho posible que el hombre nos aparezca ya en su escueto perfil personal. Con ello, Verdaguer ha salido ganando en proximidad humana, no se nos pierde ya en las etéreas y vagas

alturas donde se le entronizó desde el principio según su poesía; ha recuperado grandeza como hombre, la titánica grandeza del que dice *sí* o dice *no*, sólo con que podamos atribuirle unos grados más de responsabilidad en el desorden del penúltimo período de su vida. Hace bastantes años, intenté, con los métodos en que entonces me ejercitaba cerca de un maestro ilustre, llevar un poco más de precisión a la crítica de la poesía verdagueriana, probando de explicar cómo funcionaba, por dentro, su mecanismo, y valorar la calidad de las realizaciones. Como tesis no pasaba de mero esbozo; pero me imponía, indicaba a otros, una tarea más minuciosa de confirmación o de contradicción. Se me echó en cara —y la censura no partió de un indocto— haber sido conceptuoso y abstruso como si se tratase de un místico teólogo de Tubinga. Hoy, conociendo mejor que entonces la intimidad de Verdaguer, y con mayor experiencia de la literatura y otras cosas, abrigo la convicción de que un grado suficiente de auténtico misticismo, y tanto mejor si cierta dosis de teología, no y~~a~~ de Tubinga, sino simplemente de Vich, sumada a sus extraordinarias dotes poéticas y a su eminente fervor de caridad, habrían mantenido el orden y el sosiego en su casa y hecho notablemente más fácil para nosotros la comprensión de su persona y, con ella, la de ese glorioso residuo de su lucha con la vida terrena, que es su obra poética. Pero Verdaguer fue todo lo contrario de una cabeza filosófica; los enamorados de su poesía lo celebran temerariamente, teniéndolo a dicha; al estudioso no le queda más remedio que aceptarlo, como un factor en el múltiple problema que se le plantea. No quiero con ello decir que para ser gran poeta haga falta ser filósofo; pero lo inquietante es comprobar que todos los poetas indiscutidos como máximos, han penetrado profunda y sutilmente, con ideas exactas y bien trabadas, en sus emociones y en sus supremas contemplaciones de la vida humana. Este don de penetración intelectual en nuestro Verdaguer fue harto débil; tanto como poderosa la percepción, la visual en primer término, y fina y viva la sensibilidad. Vio, vio y sintió con genial precisión cómo está y cómo vive en la flor en lo alto de su tallo y el pájaro en su fronda y la madre con su niño y el obrero con su herramienta y la cumbre encima de su sierra y el torrente bajando por su roquedal: qué sé yo, no acabaría; y aún más: vio y sintió, y afirmo que ahora más que nunca empleo estos términos en su valor directo, vio y sintió *cómo vive el nombre sobre su cosa*. Por aquí fue poeta; y

porque tuvo copiosamente el don, escogiendo, asociando y tejiendo percepciones, de estar presente a lo que nunca había visto ni oído, este sublime rústico fue grande a su modo. Las síntesis con que a veces nos da escalofríos no son de pensamiento y visión —como por ejemplo las de un Dante o un D'Aubigné o un Quevedo— sino de visión y misterio; es decir, los misterios ni previamente a la elaboración poética han estado ante su mente, como ante la de un teólogo, abruptos en sus términos abstractos y en bien dibujado contorno irreductible: ha sentido su presencia por una luz y un temblor inefable de las cosas y seres que afectan, y más, de los vocablos que se le trascienden en la descripción de la escena. No se le ocurre pensar que no sabe lo que sucede: dice simplemente lo que sucede y se nos comunica un sentimiento de misterio en lo que se nos dice que sucede. Éste es Verdaguer, y no sólo el que va clasificado no muy exactamente como místico, sino también el admitido por gracia divina al espectáculo de la historia en su unidad transcendental, de los paisajes en su vida y forma profundas, del alma en las penas y favores providenciales que no acaba de entender.

Éste es mi Verdaguer poeta: éste el principio de su genio, por el que a mi entender es tan personal y sigue siendo querido por la generalidad de mis paisanos, en una especie de intercambio amoroso que trae consigo satisfacciones casi sensibles. Todo para mí está en esta fórmula, permítaseme que insista en ella: *poseyó el don de ver las cosas en su vida y en su misterio, y en lo alto de cada cosa, ver el nombre natural, también en su vida y en su misterio*. Digo *natural* pensando platónicamente. ¿Qué es al fin de cuentas la operación del poeta, sino un nuevo descubrimiento de la primera, divina condición natural del lenguaje, o si así se prefiere, el retorno a ella desde lo convencional y práctico del hablar cotidiano? Verdaguer lo realizó con un idioma, no precisamente empobrecido, sino disgregado en su tradición, desorientado en su fuerza, existente sin intención ni razones para justificarse de existir. Haciéndole recobrar la validez *natural*, Verdaguer lo vitalizó, puso de nuevo en movimiento el alma del idioma con plenitud de energía poética. No era rigurosamente el primero: no hay que olvidar el tino con que un Aribau o un Milá y Fontanals buscaron el enlace con una tradición poética ya lejana; y paralelos, y aun anteriores, a los esfuerzos de Verdaguer son los de grandes maestros mallorquines. Lo decisivo de Verdaguer fue su genio, y justamente la ya indicada calidad de su genio, junto con

lo vasto de su ambición. El trabajo fue ímprobo y se le llevó más vida que conscientemente no empleó en él. Ni que decir tiene que no lo consiguió todo de una vez, ni logró siempre lo más eficaz en lo de propósito más osado. En *La Atlántida*, como formuló certeramente Maragall, «se encuentran todavía las señales del caos de que procede». Sí, en este magno poema, entre los estrépitos de un continente que se hunde y las graves melodías del preludio al nacimiento de una patria, el idioma, por leyes que operan desde más allá de sus mecanismos calculables, parece también buscar de pronto su forma a través de una catástrofe geológica. En otros términos, son manifiestos en *La Atlántida* los estragos del primer combate realmente ambicioso que Verdaguer tuvo que sostener con la retórica; la victoria final —no digo definitiva— no logró hacerlos desaparecer. Ese combate fue el de toda su vida de poeta. No me refiero únicamente a la retórica con que la moda le tentaba, con su admisión en poesía de la elocuencia prosaica y su tolerancia, y mejor su gusto, por los más triviales artificios de sintaxis y de léxico. Como se ha dicho de Víctor Hugo, habría resultado ventajoso para Verdaguer poeta nacer unos decenios más tarde y formarse en una retórica más atenta a los elementos imponderables, irreductibles, del lenguaje —musicales se los llama por cómoda comparación. Podemos imaginar a Verdaguer sucesor de Verdaguer: ¡cuánto y cuán precioso habría sido lo que habría encontrado ya dispuesto por el genio de aquel Verdaguer real, que tan soberanamente acaba siempre anticipando, con lo más auténtico de su creación, la lírica futura!

Más peligrosa fue para Verdaguer, como para todos los poetas, otra suerte de retórica: la que proviene de un ajuste deliberado a los íntimos principios que forman la unidad de su espíritu. En el fondo de la inspiración de Verdaguer, más que un principio de pensamiento, descubrimos un principio de amor: la poesía verdagueriana no nos ofrece un mundo de conceptos, sino un mundo de afectos. El dogma está allí en sus líneas estructurales, en sus líneas más generales y claras, por lo tanto; como algo ya de por sí evidente y seguro, algo sobre lo que no hace falta insistir, algo que dentro de su ámbito garantiza libertad a los movimientos del amor, y que si limita es por los lados, mas no por lo alto: es un dogma a cielo abierto.

No existe misticismo vivo sin amor, desde luego. Pero en la forma que podríamos llamar luliana —Lulio, una de las supremas influencias

en la poesía religiosa de Verdaguer— el amor, a la vez que es impulso, pasa a ser materia de conocimiento; si se lleva tras de sí la voluntad, robándola a todo lo del mundo, da una compensación sobrada, no sólo convirtiendo la voluntad en dueña de lo que vale más que todos los tesoros y todos los espectáculos terrenales, sino ofreciendo en sí mismo a la inteligencia una materia de exploración insospechadamente diversa y, por añadidura, una especie de clave maravillosa que resuelve el enigma universal. La divina paradoja: «Déjalo todo y lo encontrarás todo», es experimentada como la más directa de las verdades; y alma y espíritu se entregan al lento gozo de adentrarse por las encrucijadas del mundo, que aparecen de pronto fáciles de recorrer, como de pronto damos con la orientación en una ciudad cuyo plano hasta entonces habíamos mirado al revés. Esta forma de misticismo es más humana, por lo que tiene en sí de conquista. Las potencias del alma, aunque impelidas por una fuerza de lo alto, mantienen la conciencia, y por lo tanto el placer de laborar por sí mismas.

En el misticismo a que tendió Verdaguer, en cambio, todo nace de una larga, insaciable nostalgia de la naturaleza angélica. El alma se acuerda de cuando esta naturaleza era también la suya, cuando, salida, *semplicetta*, de los labios del creador, no había probado aún el fruto de la ciencia, la virtud era en ella inocencia; la alegría, ajena a toda reflexión. Nada sabía entonces y nada quiere saber ahora, ni siquiera los esfuerzos que le haya costado reintegrarse, por muy fugazmente que sea, en su condición primitiva, ni siquiera la naturaleza de este amor. Naufragio en un infinito mar de dulzura es la imagen que humanamente mejor pueda expresar el magno abandono; y Verdaguer la usó, según su experiencia personal o como resabio de lecturas, no importa. En esta fase, la más aguda del éxtasis, la nostalgia se ha olvidado a sí misma, y la expresión poética no es un intento de precisar un afecto, sino la entrada, o si se quiere, un suspiro hacia el silencio.

Pero raras veces el místico deseo logra realización tan absoluta. Más bien el alma vaga con su nostalgia, ensimismada, pronta a responder a la más leve voz del Amado, buscando en la hermosura de la Naturaleza reflejos de Él y estímulos al éxtasis, que es presencia viva de Él. Es un misticismo que calificaríamos de romántico: el enamorado persiguiendo en las formas vagas del paisaje correspondencias con las facetas infinitamente varias de una belleza concebida como absoluta y, por lo tanto,

como inasible. Su inteligencia no se sabría contentar con ello; mas tampoco reclama nada. En cambio el sentimiento se complace, por naturaleza, en beber agua del mar: «cuanto más bebía, más sed», así dice una copla popular recogida por Verdaguer en sus andanzas de folklorista.

Cualquier dulce pequeñez se lleva el alma nostálgica a un mundo de ensueños. Va creándose tierna y minuciosamente una imagen, unos actos y una vida del Amado para su uso. Es el conocido fenómeno de la cristalización; mas en el amor divino ningún disgusto ni miedo perturban esa especie de posesión imaginativa. De un modo similar recorre la leyenda de oro de los grandes enamorados, como para derivar de ella prefiguraciones para sí misma: es la santa alegría por la dicha ajena en el Amado, inherente a la humildad abandonada del Amigo.

Así la canción, el ensimismamiento fantástico y la plegaria son las formas características que reviste la nostalgia verdagueriana; pero más especialmente el idilio, donde escena, escenario y sentimiento personal se funden en unidad inefable.

Sñar, para Verdaguer, significó tan sólo aislarse con las creaciones de su nostalgia: cuanto más vivas y próximas se le hacen las imágenes, más viva, pero también más lejana ve la realidad suspirada, y más siente como un estorbo lo corpóreo: es el «barro amoroso» que pesa y no sigue. El alma así se va habituando a estar divinamente descentrada, a no tener delante de sí más que una Idea suprema de belleza y bondad. Decimos habituarse: en el conflicto moral de Jacinto Verdaguer algo hubo de esto; de tal habitud nació, por una especie de transacción paradójica, una complacencia en los bienes de la tierra que podían ser considerados anticipos, o si así se prefiere, residuos de los bienes de allende los sueños.

Un alma así, a una Idea absoluta de bien y bondad sólo puede oponer una Idea absoluta de mal y malicia: a Dios, el diablo. Es incapaz de conceptos intermedios. Si por ventura en el divino amor, como San Francisco, o en la divina ciencia, como Raimundo Lulio, hubiera descubierto unos caminos definidos de acción temporal, habría carecido de aptitud para emprenderla. Falto de aquel flexible sentido de la convivencia con el bien y el mal que Jesús aconsejó a sus hombres de acción, Verdaguer, olvidado en su nostalgia, sumido en su pasiva dicha, despertó a una brusca sacudida y realizó de pronto el descubrimiento del mal. Esta sorpresa tiene en las *Flors del Calvari* acentos trágicos. Sen-

mos al hombre que, encontrándose de pronto desarmado frente a un enemigo innumerable, se despoja de cuanto puede ser para él un peso y huye hacia su castillo; y tan grande es la delicia que le acoge en la seguridad, que nada representa ya el precio de denuestos y heridas y asperezas a que la compró, y busca más pena para tener más gozo. Se entrega al duro ejercicio moral con todo el impulso de su temperamento hiperbólico. El denuesto, el improperio, brotan en un estilo amargo, apasionado, gráfico, sólo explicable, paradójicamente, en el mismo Verdaguer que en sus obras idílicas había creado en catalán algo que no tiene precio: el estilo literario tierno, forjado con las locuciones e imágenes de máxima irradiación afectiva, que llevaban una vida intensa y retraída en la casa y en el folklore; por la virtud de él, a veces por la de un solo vocablo, Verdaguer transportó el cielo a la tierra, hizo de lo divino algo familiar y catalán. Algo familiar... El insidioso peligro, la sutil tentación que a través del poeta y su llano, directo, íntimo idioma acechó al sacerdote, estaban precisamente en esta ilusión de familiaridad. ¿Se habituó a ella Mossèn Cinto, cuando Dios en su luz, y frente a Él, en la tiniebla, el Diablo, no la consentían? ¿No creyó ser místico, sólo porque sus poesías tenían los tonos místicos, desde el más claro y dulce y rendido hasta el de cierta libertad bonachona casi impertinente? Las preguntas son graves y por sí mismas señalan dónde quizá nos fuera dado encontrar el meollo de un conflicto que llegó a ser patético. Me limito a formularlas de paso...

He aludido a un hiperbolismo moral, en él tenemos la clave de la retórica verdagueriana. Hiperbolismo significa aquí una necesidad de ver cada objeto como totalmente bueno o totalmente grande o totalmente malo: una incapacidad de matices medios, de representación irónica. Cuando el poeta es más auténtico, el hiperbolismo opera en lo más entrañado de la significación de las palabras y se agota en la sugestión afectiva que éstas ejercen. El sentimiento del poeta ha conseguido un grado tal de condensación en torno a un vocablo o una imagen —que en este caso es lo mismo— que se le objetiva sin esfuerzo y con una sobriedad verbal inimitable. Da comienzo al retoricismo cuando el poeta, por una confianza deliberada en la eficacia de su principio de unidad y en su temperamento, se juega inocentemente esa eficacia yendo a buscarla directamente en las palabras. Entonces acumula las imágenes y con la acumulación se hace patente la fórmula; subraya una intención

de hacer mejores o peores las cosas y surge en nosotros la prevención contra el hiperbolismo e incluso, en algunos casos, la impresión desagradable de que el poeta va desarrollando sus imágenes con cierta braveza condescendiente.

La poesía patriótica de Verdaguer se nos manifiesta como una extensión de su mística. Para explicárnosla, basta con aplicar las precedentes conclusiones. También ensueño y nostalgia la inspiran. Al modo que hemos visto en su mística, la nostalgia del poeta se nutre y se excita a la creación de realidades sentimentales a través de sugerencias de paisaje. Verdaguer fue el representante genial de toda una generación que rendía culto apasionado a la historia sin el sentido, o si así se prefiere, sin la malicia de la historia. Partiendo de una idea subjetiva, absoluta, inflexible, mística, en suma, de la patria, a esa idea ajustaba por así decirlo el hecho histórico concreto: la adaptación o la inadaptación engendraban respectivamente optimismo o melancolía, sueño de grandeza o sueño de pesar, igualmente pasivos e infecundos. En este sentido, es característico dentro de la poesía patriótica de Verdaguer su famoso romance del rey Jaime en San Jerónimo. Para el poeta, la patria es posesión de un paisaje por derecho divino: de los bienes anticipados en la tierra, tal posesión en la más dulce, por ser la más íntima, por consiguiente la menos alienable, y porque el paisaje es como arca común y fisonomía de todos los recuerdos y todas las esperanzas individuales y colectivas. Siendo las patrias obra y don de Dios, Él es quien habla y ordena en lo hondo de las conciencias nacionales. Es en la contemplación enamorada cuando más clara perciben los héroes su voz, cuando las señales de Dios se les hacen más perentorias. Colón siente revelársele su misión a través de los murmullos elocuentes del Atlántico; y el rey Jaime, el héroe simbólico del gran pasado catalán, erguido en la cumbre de Montserrat, ve la tierra llena y rica, extendida a sus pies. Verdaguer recurre a uno de sus procedimientos favoritos, el de la enumeración panorámica a grandes masas, cada una de ellas referida con complaciente minucia a un objeto más pequeño y cada vez más familiar. Obtiene de este modo un efecto progresivo de ternura. De pronto la expresión se acelera: la referencia se hace en el sentido de la tradición; brilla la memoria materna de Roma: la antigüedad de Cataluña se valúa por la del mundo, más allá de ella sólo queda Dios, el nombre de Tarragona nos hace imaginar vagamente al hombre tomando posesión del paisaje recién creado

y, al edificar en él la ciudad, fundando la patria. Una sensación de grandeza se suma así a la de ternura anteriormente producida: ambas colman el corazón del rey Jaime y desbordan en una hipérbole cándida de enamorado, especie de programa máximo de la política sentimental: «¿Qué puedo hacer por mi amada? —va diciendo con amor—. Si quiere un astro del cielo —desde aquí lo alcanzo yo». De haber sido Verdaguer capaz de la reacción de ironía que estas palabras producen en el lector de hoy, ya no habría sido Verdaguer. Pero la Providencia, más realista, corrige el ímpetu del juvenil monarca y le notifica una misión perfectamente práctica: la conquista de Mallorca y Valencia.

En su conjunto, la poesía patriótica de Verdaguer viene a formar una varia geografía sentimental de Cataluña. En torno a la idea de ésta, la cristalización tiene lugar como en su mística en torno a la imagen huidiza del Amado. *Canigó* es en este sentido su obra más vasta y sostenida. El paisaje se anima con idilios y leyendas: pomposas, pero dispersas, las de la Cataluña pagana; las de la Cataluña nueva, confirmada, por así decirlo, en los cenobios pirenaicos, nostálgicas, íntimas, pero rebosantes de viva luz matinal; sobre todo, unificadas por la idea cristiana, ya que por la fuerza de ésta Verdaguer, sincero providencialista, cree que se plasmó Cataluña en su forma histórica. Pero también en el paisaje nos hace sentir cómo la patria nace a mayores destinos: con las ondinas y las hadas que huyen atemorizadas mientras va avanzando la Cruz, se desvanece el encanto antropomórfico, sensual, de la naturaleza; el paisaje deja de ser mítico y con los campanarios de los cenobios, centinelas avanzados de la eternidad, pasa a ser simbólico.

También en la poesía patriótica de Verdaguer encontramos, y más aparente si cabe, la simplicidad hiperbólica de su mística. Pero es retórico, no porque piense en un público adicto, sino a solas con sus ensueños, porque su fantasía le sirve todo con demasiada prodigalidad, con demasiados pormenores, porque después de todo es un rústico genial que, admitido por divina gracia al espectáculo del cosmos revuelto, de la historia en su unidad transcendental, de la leyenda heroica en sus episodios que más directamente podían interesar aún, encuentra los puntos de referencia para sugerir la grandeza que le admira, en las visiones inolvidables de su ruedo nativo, o en la áspera frase hecha o en los datos eruditos de sus muchos estudios.

Así se me dibujó Verdaguer hace ya bastantes años, cuando le

abordé por el lado, tan claro y dulce, de su poesía. Se corresponde curiosamente con el hombre que he creído descubrir, cuando la ocasión de dos conmemoraciones me han inducido a buscarle acceso por lo tan denso e incierto de su vida y su psicología. Tengo a orgullo haber por lo menos intentado dos experiencias, que se revelan complementarias entre sí, y por lo tanto necesarias una a otra. Y más a orgullo todavía, haber confirmado con una y otra a Verdaguer en su carácter de héroe de la poesía, de uno de los más grandes héroes de la poesía que ha conocido el mundo.